

se rebosó de savia presurosa
y aromas de sus blancos azahares.

La ancha tierra sembró con cien altares,
mil ciudades labró para la Esposa
y, por gala y hacerla más hermosa,
le prendía las islas, de alamares.

En el arzón cabalga marfileña;
señorea los rasos de la enseña
de la invencible y fiel infantería.

Con la cruz y la espada, en la pelea,
España es un heraldo que vocea
de confín a confín: ¡Ave María!

CENTINELA

En los siglos de blanca primavera
y en las eras angostas sin aurora,
rindió la guardia fiel de la Señora
sin mancha en el escudo y la bandera,

que, en la ciudad, el monte o la pradera
arenados de ermitas, Campeadora,
ya es dama, ya zagala o labradora
y siempre bien granada sementera.

Al cielo la alabarda y el suspiro
y la celada al sueño desvelada
teje el paso un zurcido ante la puerta

y en la bóveda limpia, de zafiro,
con retumbos de alegre campanada
rondando van las voces del alerta.

José CANAL

El poeta y su mundo

(CUENTO)

Por Jesús DELGADO VALHONDO

S un poeta, como muchos poetas, un poco loco, un poco vanidoso, otro mucho melancólico, un tanto humilde y otro tanto soberbio —según por donde le da—, algo bohemio, algo solo, algo bebedor, algo de todo. Tiene una debilidad sobre otras debilidades: recibir cartas. Le entusiasma que la gente se acuerde de él. No contesta la mitad de las veces o tarda en escribir meses a un amigo o a un compañero o a uno cualquiera. Se las gasta así. A lo que más le gustaría contestar es a las cartas anónimas, —(pero, ¿cómo?)—, porque son cartas entretenidas, simpáticas, ingenuas. Ahora está leyendo una carta de esas. Es de una chica que se firma Puri. Dice que nació en el mes de los cipreses y de los crisantemos. Supone el poeta un Noviembre bajo y triste, grisáceo y romántico. De don Juan y de doña Inés.

El poeta levanta su mirada. Parece que está dentro de un Noviembre maduro. Hay niebla espesa. Son las cinco de la tarde. A unos pasos de él, un ciprés verde oscuro y un crisantemo, hablan. El ciprés tiene las entrañas llenas de pájaros dormidos. Cuando el viento entra dentro de su ramaje los pájaros despiertan, pian y palpitan como corazones en una mano. Hablan quedo y pausadamente. Saben mucho de otra vida. Saben mil cosas de los muertos. El crisantemo sólo de los muertos recientes, de los muertos en carne. Pero el ciprés parece como si se los bebiese.

El poeta los contempla. Los hubiese seguido contemplando largo rato. Y es que la niebla ha levantado una mano y debajo de la mano ha aparecido un pozo y una rosa.

El pozo tiene voz de hombre, de hombre de pocas y cachazudas palabras. Bueno, voz de pozo.

La rosa pinta sus palabras de júbilo, de ternura, de femineidad fresca y fragante.

Habla la rosa:

—Dime, amigo pozo, viejo amigo, misterioso amigo, ¿qué te parece de mí?

El pozo contesta:

—Cuando llegas aquí estás apagada, desdibujada, mustia. No tengo,

no puedo tener, un concepto claro de cómo eres. A mí no llega tu aroma ni tu colorido. Toda tú estás enmarcada en el viento que te envuelve, en el aire que te posee. Yo te veo, como en sombra.

—Y, ¿crees que todo es mi colorido y mi perfume? Sacudo todas las mañanas, sobre tu pecho, mi rocío, que son mis lágrimas, que es mi sentir. Cuando me deshojo voy cayendo sobre tus labios.

El poeta recuerda poemas a la rosa, como antes recordaba poemas al ciprés, donde se canta: «Yo vi la rosa; clausura—primera de la armonía,—tranquilamente futura.» O aquella de: «Yo sé que aquí en mi mano—te tengo, rosa fría».

El pozo continua:

Es verdad recojo tus tristezas, tus sinsabores, tus angustias y agonías. Los que los demás pisarian, los que otros despreciarían, lo que nadie se preocupa de recoger. Tu belleza y tu alegría es de un mundo que no es mío. Un mundo al que no llego sino para apagar la sed. Que es otra de las maneras de consolar.

La rosa se ha quedado pensativa y pálida.

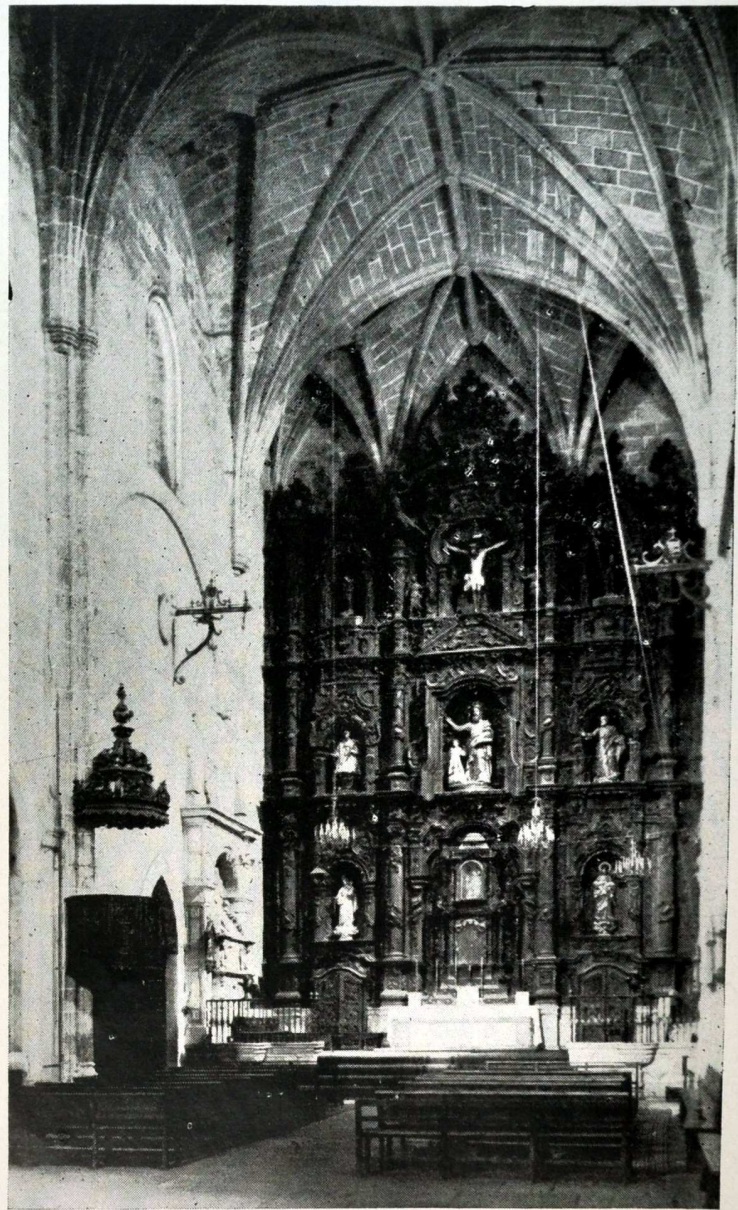
El poeta, que ha estado atento escuchando, ve llegar a Puri, la anónima Puri, risueña, festiva, juvenil, gozosa, sigue con la carta en sus manos. Se acerca el poeta a la rosa y la corta, la envuelve en la carta y la tira al pozo.

Un rayo de sol deshace la niebla y pone el cielo mitad anaranjado; mitad, azul. El campo suspira y se ensancha...

Pronto el sol cae en la hucha de una montaña y el paisaje termina de leer una página y vuelve la hoja. El campo se convierte en huerto íntimo y cordial, casi en cementerio. Las nubes suben. Cruza una paloma. Comienza a llover.

Puri se ha deshecho en la última luz de la tarde. El poeta busca el seno de la sombra. Va despacio, hablándole a Dios al oído, buscando caminos, desnudándose en la lluvia, como el árbol en otoño, Le escuchan los ojos. Reza unos versos de Juan Ramón: «Cobré la rienda—di la vuelta al caballo—del alba;—me entré, blanco, en la vida»...

Pero todavía era noche oscura y profunda.



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres: Iglesia de San Mateo.
(Foto Javier).